

MARQUES DE LOZOYA

SOTOMAYOR
EN SU CENTENARIO



FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
MADRID, 1976

G-F 1414

c. 10/15/8
Oct. 2/9/8

DG
D

MARQUES DE LOZOYA

FUNDACION
UNIVERSITARIA
ESPAÑOLA

SOTOMAYOR EN SU CENTENARIO

Conferencia pronunciada en la
FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
el día 2 de diciembre de 1975



FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
Alcalá, 93
MADRID, 1976

R. 36106

Publicaciones
de la
FUNDACION
UNIVERSITARIA
ESPAÑOLA

Conferencias - 62

ROYAMA YOR
EN SU CENTENARIO

Comunicación presentada en la
FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
el día 3 de diciembre de 1975

I. S. B. N. 84-7392-094-5

Depósito legal: 2.087-1976

Imp. DOSERRE, S.L. - Ardemáns, 63 - Madrid, 1976

Hoy voy a hablaros, en este grato ambiente de la Fundación Universitaria Española, de un gran pintor gallego que tuvo en su tiempo nombre internacional y que está hoy un poco olvidado: don Fernando Alvarez de Sotomayor.

La Fundación tiene como norma conmemorar cada año el centenario de algún español ilustre en las Ciencias, en la Literatura o en las Artes. El año pasado estudié en este mismo local la figura de otro pintor español, también en su tiempo famoso y hoy también olvidado: Mariano Fortuny.

Don Fernando Alvarez de Sotomayor y Zaragoza, el centenario de cuyo natalicio se celebra este año, tuvo una fuerte personalidad humana que explica y complementa su labor pictórica. Fue mi gran amigo y le conservo el cariño que en mí persiste hacia aquellos que se enfrentaron conmigo con el terrible problema, en 1939, de la salvación del arte español dañado por la guerra o por el abandono consecuencia de la guerra. Los cuadros del Museo del Prado y los mejores de otros museos y de las colecciones particulares estaban en Ginebra, juntamente con algunos kilómetros de tapices, entre ellos los mejores de Europa. Nos encontramos en la postguerra con los museos vacíos, los monumentos ruinosos. No había dinero y carecíamos de los recursos más elementales; pero el milagro se hizo, y en este milagro tuvo un papel muy importante don Fernando Alvarez de Sotomayor, cuyo recuerdo me es grato invocar ahora.

Sotomayor tuvo la fortuna y la desgracia de formar parte

de lo que se suele llamar “generación del 98”, que yo llamo, en un sentido más amplio y comprensivo, “generación de Alfonso XIII”, que coincide con el reinado del Rey (1902-1931). Este período, el más desventurado de la España moderna —desastres en Africa, conflictos sociales, política mezquina, sin ideales— es un segundo siglo de oro en la cultura española. Solamente en los años que corren entre 1550 y 1650 se pueden catalogar filósofos de la talla de Unamuno, Ortega y Gasset; literatos como Azorín, Baroja, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, los Machado, entre tantos; eruditos como Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz; hombres de ciencia como Ramón y Cajal. El número de grandes pintores es tal que es difícil hacer su enumeración. En el tomo V de mi *Historia del Arte Hispánico* me vi obligado a dedicar unas líneas a artistas que merecen una monografía particular. Hay momentos estériles en que un gran hombre sobresale entre mediocres. El nombre de Sotomayor se diluye entre tantos excepcionales.

Una de las características del reinado de Alfonso XII es el predominio del litoral sobre la meseta. Los grandes escritores, los grandes artistas de este período proceden de toda la periferia española. En cuanto a la pintura, hay comarcas como Barcelona, Valencia y Sevilla que contaban con una espléndida tradición. Pero en regiones de más pobre historia en la pintura se alcanza ahora un lugar de primacía; el caso más notable es el del País Vasco, casi totalmente estéril en los siglos pasados, pero que en esta generación puede enorgullecerse con los nombres señeros de los Zuloaga, de los Zubiaurre, de Arteta, de Maeztu, de Echevarría, de Salaverría y tantos otros.

¿Cómo contribuyó Galicia a este esplendor de la pintura española? Galicia, que lleva la primacía arquitectónica en España en el Románico y el Barroco; que cuenta con la mejor escultura románica de Europa y que en el Siglo de Oro se enorgullece con el nombre de Gregorio Fernández, tiene hasta el 1800 una tradición pictórica muy pobre. Sánchez Cantón

descubrió el en siglo xvii un gran pintor, Antonio Puga. Uno de los pintores más característicos del Romanticismo español es el gallego Jenaro Pérez-Villaamil. El primer pintor que intentó llevar al lienzo la vida rural gallega fue el asturiano Dionisio Fierros en las últimas décadas del xviii. En nuestro tiempo hay excelentes paisajistas, como Llorens; un gran pintor de exquisita sensibilidad: Souto Castelao. Pero el gran nombre gallego en la pintura española del siglo xx, el que alcanza un renombre internacional es Fernando Alvarez de Sotomayor.

Hay hacia 1900 un pintor gallego que pudo ser y no fue, cuya breve existencia es más trascendental en la historia literaria que en la historia del arte: Joaquín Bahamonde, al cual la condesa de Pardo Bazán hizo, con el nombre de Silvio Atago, el héroe de su novela *La quimera*. Nació en una pequeña ciudad de Galicia, de familia pobre. Tuvo una adolescencia dura, dedicado a trabajos manuales. Era guapo y distinguido, como Fortuny, que también tuvo unos comienzos difíciles. Autodidacto, se enamoró del arte francés del siglo xviii, singularmente de los pastelistas como La Tour; un retrato de la Pardo Bazán le hizo famoso. Fue —soy tan viejo que lo recuerdo perfectamente— el pintor de moda en Madrid en la primera década del siglo. Retrató a todas las grandes señoras vestidas lujosamente. Fue muy rico. Tuvo satisfacciones que eran gratas a su temperamento aristocrático, pero siempre con el dolor de que en su vida frívola producía un arte frívolo también y que le impidió ser el gran pintor que pudo haber sido. Murió joven, tuberculoso, y doña Emilia nos cuenta en uno de sus artículos, que pocos días antes de su muerte, mientras reposaba en el parque del Pazo de Meirás, viendo segar hierba a unas mozas campesinas, exclamó: “Estos son modelos que hubiese podido pintar yo.” Don Fernando Alvarez de Sotomayor, mucho mejor dotado, fue, después de Bahamonde, el pintor de las elegancias cortesanas y obtuvo la misma aceptación en la sociedad de Madrid; pero fue, sobre

todo, el que llevó al lienzo la naturaleza, los tipos humanos, las costumbres de su Galicia, una de las comarcas españolas en que culmina más la belleza.

Ortega y Gasset ha escrito en su magnífico estudio sobre Velázquez que el ser pintor no es sino una manera de ser hombre y que sin conocer su verdadera personalidad humana no podemos conocer la obra de un artista. Así, por ejemplo, la dignidad nativa de Velázquez, el decoro que exaltó un poeta italiano que le conoció en Roma se reflejan en la dignidad de su pintura, como se refleja en la suya la vida desgarrada de Goya. Murillo, Zurbarán, profundamente religiosos en su vida, son, por excelencia, pintores religiosos. Por esto me es preciso ahora el esbozar una biografía del pintor. Y, antes, unas noticias genealógicas, porque en realidad nuestra biografía comienza antes de nuestro nacimiento, pues en nuestra vida ha de influir en un sentido favorable o adverso la vida de nuestros antepasados.

Los Sotomayor constituyen en la Edad Media una gran familia feudal, en la cual cuentan personajes tan turbulentos como el conde de Camiña, y que tiene su solar en un bello castillo. Esta elevada posición social permanece hasta el abuelo de don Fernando, Caballero de Santiago y mayordomo de Alfonso XII. El padre del artista, teniente de navío, que dio la vuelta al mundo con Méndez Núñez, murió muy joven, dejando tres hijos: José, de cinco años; Fernando, de cuatro, y Francisco de dos. Nuestro pintor nació en 1875. Su madre, que era un exquisito temperamento de artista, reducida a su pensión de viuda de marino, supo hacer frente valerosamente a su situación.

Tuvo, pues, don Fernando el privilegio de una niñez difícil. Ningún gran pintor, ningún gran escultor se ha formado en un ambiente de abundancia; parece como si un duro comienzo fuese el tributo que Dios exige al genial. El arte, como la vida religiosa, exige una entrega total, penosa a los ricos.

También el arte es “uno ojo de aguja” imposible para un camello cargado de riquezas. Fernando Alvarez de Sotomayor, descendiente por línea materna de un virrey, había conocido un ambiente lujoso que poco a poco fue desapareciendo. El pintor nos ha dejado unas memorias íntimas de extraordinario interés que algún día debieran publicarse. En ellas nos cuenta la impresión a la muerte de su padre y a las tristes consecuencias que siguieron a esta desgracia. Su sensibilidad era ya tan exquisita que le encontraron llorando un día al escuchar a su madre tocar al piano *El claro de luna*, de Beethoven. Su hermano, de temperamento más vigoroso, le ayudaba a enfrentarse con la vida. Pensionados por la Casa Real, Fernando y su hermano ingresan en el Colegio de Alfonso XII en el Monasterio del Escorial. La vida en aquel ambiente, física y moralmente glacial, le fue muy dura. La muerte de Alfonso XII, que motivó que los alumnos tuviesen que soportar funerales interminables, aumentaba la melancolía de aquellas jornadas. Obligado a denunciar a sus cómplices en una travesura, se encontró aislado de sus compañeros, incluso de su propio hermano; este aislamiento le ocasionó una enfermedad que motivó que aquella vida cuya única compensación era vestir ante las chicas del pueblo el uniforme militar copiado del del Colegio Teresiano de Viena, terminase por fin.

Después del purgatorio de El Escorial, la providencia llevó al niño al paraíso de Toledo, en donde el hermano mayor seguía la carrera militar. Otra vez el calor del hogar; el cariño de una madre excepcional. Yo sé por experiencia lo que significa en la primera edad el vivir en una ciudad provinciana, donde la tranquilidad del ambiente permite mayor libertad—el correr solo las calles desiertas, el campo cercano—. Y la vida en un amplio y vetusto caserón, propicio a la aventura. El niño Fernando Sotomayor pasaba las tardes en el desván de la casa, con galería al patio, leyendo incansablemente viejos libros de Historia o novelas de Julio Verne, que arrastraban

su imaginación hacia países remotos. Gustaba de pasar horas en la catedral, envuelto en la luz polícroma de los vitrales, escuchando las armonías del órgano. Gran placer el deambular por las calles. A veces se detenía a ver pintar a un excelente paisajista: don José Vera. En el colegio, el profesor de dibujo, don José Gutiérrez, le hacía copiar incesantemente las litografías de Calamme.

Como al Greco, según una versión del famoso soneto de Fray Hortensio Félix Palavicino, Toledo dio a Fernando Sotomayor los pinceles. Surgió en él una de esas vocaciones al arte que son irresistibles, como la vocación religiosa. Era mediano estudiante y con frecuencia hacía novillos para ver pintar a don José Vera (en realidad, no eran novillos; era la llamada imperiosa de la vocación). Y surgió el conflicto familiar. Su madre, sus hermanos se oponían a que siguiese una senda que entonces era sinónimo de pobreza, de bohemia, de desgarró; exigían de él la dedicación a una carrera universitaria. Se llegó a una avenencia. Fernando cursaría Derecho en la Universidad de Madrid, pero se dedicaría en los ratos libres a la pintura. Poco a poco los libros iban quedando pospuestos a los pinceles.

Era en el ambiente pesimista y ramplón de los años que preceden a la gran catástrofe del 98. Ahora ya son raros en las exposiciones los grandes cuadros de Historia. Predomina en arte como en literatura el realismo que preconizaban don Benito Pérez Galdós y la condesa de Pardo Bazán. Don Fernando Sotomayor se agregó al taller de don Manuel Domínguez, pintor de historia, buen conocedor del oficio, que fue maestro de muchos que habían de triunfar en las primeras décadas del xx. Como la situación en casa seguía siendo difícil, el discípulo se convirtió en ayudante de Domínguez y colaboró en los grandes cartones que habían de servir al ceramista Daniel Zuloaga para los paneles de la Escuela de Minas, y en los frescos de los palacios madrileños. De aquí nació la afición

del discípulo a las composiciones mitológicas, en que había de obtener alguno de sus más resonantes triunfos. Con Domínguez, a quien admiraba y quería, sufrió Sotomayor un gran desengaño: no le votó para el premio anual de la Escuela.

En 1900, ya entregado de lleno al arte, ganó, en un concurso cuyo tema era "El anarquista y su familia el día de la ejecución", el más codiciado de los galardones a que podía aspirar un pintor novel: la pensión en la Academia Española de Bellas Artes en Roma, el "premio de Roma". Triunfaron con él otros dos grandes pintores: Eduardo Chicharro y Manuel Benedito. Roma fue para los tres jóvenes pintores un deslumbramiento, y el viejo edificio de San Pietro in Montorio, el convento costado por los Reyes Católicos, cuya capilla es el famoso *tempietto* circular del Bramante, les permitía gozar, desde los vitrales de los amplios estudios, del más ilustre de los panoramas de Europa. Era maravilloso ir descubriendo, en paseos vespertinos, el encanto único de la ciudad, las fabulosas riquezas de iglesias, palacios y museos. Convivir con la alegre muchachada, venida de todos los países del mundo con el mismo afán; realizar excursiones por las villas de los montes Albanos, con alegres meriendas en las *trattorias*, es algo de lo más cercano a la felicidad perfecta que pueda encontrarse en este mundo.

Sin embargo, el fuerte impacto que decidió el estilo definitivo en la pintura de Sotomayor no lo recibió en Italia, sino en un viaje por Holanda y por Flandes. El encuentro en los museos holandeses con Franz Hals fue decisivo. Aquella pintura espontánea, franca, alegre le parecía la más adecuada a su temperamento; pintó interiores de *estaminets* de Flandes y bellos paisajes de Brujas.

1904. La trayectoria de Sotomayor se enlaza con mis propios recuerdos personales. Yo era un niño, pero mi afición al arte fue muy prematura y frecuentaba los estudios de Daniel e Ignacio Zuloaga, de Valentín de Zubiaurre, de mi tío Ma-



nuel López de Ayala, y pude captar el entusiasmo ante el envío de los tres pensionados de Roma: Chicharro, con *El poema de Armida y Reinaldo*; Benedito, con *Los avaros en el infierno de Dante*; Sotomayor, con *Orfeo atacado por las bacantes*, admirable de composición y de calidad. Chicharro y Benedito obtuvieron en la Exposición Nacional la primera medalla; Sotomayor fue relegado a la segunda, en la ilustre compañía de Beruete y de Meifren (Regoyos obtuvo solamente mención honorífica). En 1906 llegó, al cabo, la primera medalla con *Los abuelos*.

En 1906 retorna a Galicia, donde no había vuelto desde su primera infancia, con motivo de la boda de su hermano José. Fue en Galicia donde Sotomayor se encontró a sí mismo. Aquellos aldeanos de rostros curtidos y viriles, la serena belleza de las campesinas, la orgía colorista de sus atavíos, el verdor perenne del campo gallego le evocaban a su adorado Franz Hals. Era posible pintar aquello con la alegre espontaneidad, con la fluidez con que el gran holandés pintó los tipos y los ambientes de su Holanda. Su matrimonio con una dama gallega, doña Pilar de Castro, que había de ser la compañera en el curso de su vida; la regidora de un fecundo hogar fortaleció un vínculo ya perpetuo con su región nativa, donde tuvieron lugar las aventuras y las desventuras de su linaje.

En 1907, cuando recibe en Madrid sus primeros encargos importantes, cuando se ocupa en establecer su nuevo hogar, le viene de Chile una oferta tentadora: la plaza de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Santiago, con la de Méjico, la más prestigiosa del Nuevo Mundo. El viaje, maravilloso, evocaba sus lecturas juveniles, cuando leía, en un desván toledano, *Los hijos del Capitán Grant*. En 1911 fue designado como director de la Escuela. Pintó en Santiago algunos de sus mejores cuadros, y en la ciudad nacieron algunos de sus hijos. La "época de Sotomayor" es una de las más gloriosas etapas en la historia artística de Chile. Aún se valora en posición de

primacía en la República hermana la “generación de Sotomayor”.

En 1915, retorno a Madrid. El Madrid de la plenitud del reinado de Alfonso XIII y de la Reina Victoria Eugenia, con los suntuosos palacios de la Castellana, con las noches del Real. Por su taller, establecido en la plaza de Cánovas, desfila toda la aristocracia cortesana; es el pintor palatino y comparte con Benedito la calidad de “pintor de aristocracias”. Pero es al mismo tiempo el pintor de la Galicia rural y primitiva; la de las romerías, que son una fiesta para los ojos; la de los abades, los labriegos y las mozas, a la vez simples y astutos. Es también el único pintor que ha tomado en serio la Mitología, que sirvió únicamente a Quevedo y a Góngora para poemas con un sentido burlesco. Velázquez, obligado a representar temas mitológicos, tradujo el triunfo de Baco, el mito de Aracne y el desengaño amoroso de Vulcano, según las *Metamorfosis* de Ovidio, en cuadros que, con razón, el pueblo llama *Los borrachos*, *Las hilanderas* y *La fragua*. Velazquez y Zurbarán, pintores del realismo tenebrista, no supieron imaginar ni un cielo ni un Olimpo. Sotomayor fracasó cuando quiso describir el cielo, pero supo crear un Olimpo de fresca y radiante inspiración en *Orfeo y las bacantes*, en *El rapto de Europa*, en *El centauro y la ninfa*, en *Leda* y en algunos más. En estas bellas composiciones, vibrantes de color, el artista trata el desnudo con la dignidad y el sentido poético con que lo hacía Velázquez. En el arte español, quizá por prejuicios orientales persistentes en el alma hispánica, el desnudo es poco frecuente. Los más piadosos reyes de la Casa de Austria se hacían traer los mejores lienzos de Tiziano y de Rubens, que en los inventarios regiois figuran con el delicado nombre de “poesías”. Hubo una reacción en el “Despotismo ilustrado”, en tiempo de Carlos III, en que el rey, inducido por su confesor, el Padre Eleta, confinó en una cámara secreta de la Academia a las “poesías” de la colección real. Sotomayor, como su contem-

poráneo Menéndez Pelayo, es cristiano en su vida, pero en arte...

... pagano hasta los huesos,
pese al abate Gaume, pese a quien pese.

Como los griegos del siglo v antes de Cristo, representa al cuerpo humano, la obra maestra del Creador, en la plenitud de la edad y de la belleza.

Ya era dueño del oficio cuando pinta en Roma su *Orfeo*, y en Brujas, *estaminets* y paisajes urbanos. Don Fernando Alvarez de Sotomayor se encuentra a sí mismo cuando en Galicia siente la llamada atávica de su raza. En su Galicia nativa, la tierra recuperada, podía pintar la alegría cromática y vital de sus pintores del norte, tan admirados. Al recuerdo de Franz Hals se une el "impresionismo tradicionalista" de Sorolla, fiestas religiosas, escenas domésticas. Es todo un mundo lleno de alegría vital, un poco primitiva, que se concentra en el gran lienzo *Comida de boda en Bergantiños*, que es, sin duda, uno de los mejores cuadros de una época en que España era tan fecunda en grandes pintores. Es un conjunto de aciertos: la composición, la luz, la sensación de ambiente, la calidad de las naturalezas muertas, el carácter de cada una de las figuras, todas diversas dentro de la comunidad de raza y de medio social.

Sotomayor figura en primera línea entre los que retrataron a la "generación de Alfonso XIII", comenzando por el Rey, que heredó de su madre todo el señorío de la augustísima Casa de Hasburgo, y de Alfonso XII la vivacidad española. Por su estudio, en un ambiente de austeridad y de buen gusto, surge la serie numerosa de sus retratos. En ellos está presente siempre la alta calidad pictórica de Sotomayor, pero en alguno se advierte el peso de la influencia del modelo. El mismo don

Fernando, amenísimo conversador, me contó una anécdota que explica el drama de los pintores cortesanos. Llegó a París hacia el 1900 una familia de potentados brasileños y quiso que un pintor famoso hiciese un retrato de la niña con su loro favorito. Realizó el artista su cometido, pero hubo de modificarlo a petición de la madre, que quería que el modelo tuviese los ojos más grandes; del padre, que deseaba una boca más pequeña, y de una hermana, que optaba por un tinte más sonrosado. Convocada a juicio una anciana tía, a la cual la edad consentía el ser sincera, lo formuló así: "Mi sobrina no se parece nada, pero en cambio el loro es admirable." "El loro —replicó melancólicamente el pintor— no tenía familia." Ahora predomina la influencia de los grandes ingleses del XVIII: Gainsborough, Reynolds, Romney. Sitúa sus figuras, de pie o sentadas, con un fondo de fronda otoñal y de gruesas nubes crepusculares. Sobre el modelo, un poco envarado, uniforme y condecoraciones si es varón, y pieles, joyas y encajes si se trata de una dama. Está ausente el amor con que se pinta a un modelo elegido; pero cuando el encargo sitúa al pintor ante un tipo humano que esté de acuerdo con su gusto, como en el caso del pintor Helsby o en el de la señora de Sánchez, ambos pintados en Chile, Sotomayor logra alguno de los mejores retratos que se hayan pintado en todo tiempo.

El "amor al modelo" está presente siempre en sus retratos familiares, de calidad velazqueña, en los cuales prescinde de atuendos y de bambalinas convencionales y sitúa en el ambiente familiar a sus modelos tan queridos: su madre, su esposa, sus hijos en diversas edades. El lienzo en que aparece la abuela contando un cuento a los nietos; los de Carmen niña o ya moza, en actitud de pintar, pueden figurar entre sus obras maestras.

Pintó paisajes siguiendo la gloriosa tradición de Martín

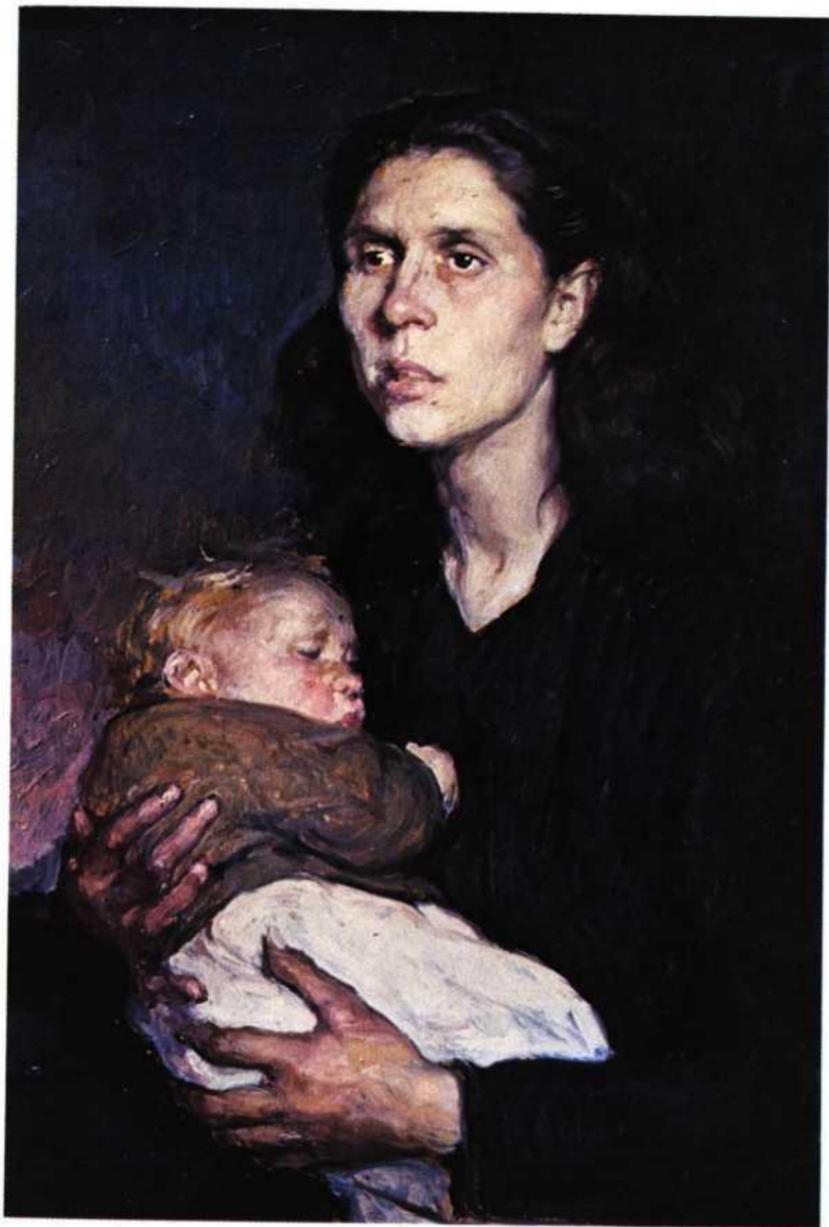
Rico, de Fortuny, de Sorolla; pintó cuadros religiosos, no siempre afortunados. Una obra, en conjunto, que tiene siempre las características de la "tarea bien hecha", que exigía a sus seguidores Eugenio d'Ors. Gran pintor en un tiempo de grandes pintores, don Fernando Alvarez de Sotomayor es la voz de Galicia en el gran concierto regional que es el segundo siglo de oro español.

EL MARQUÉS DE LOZOYA

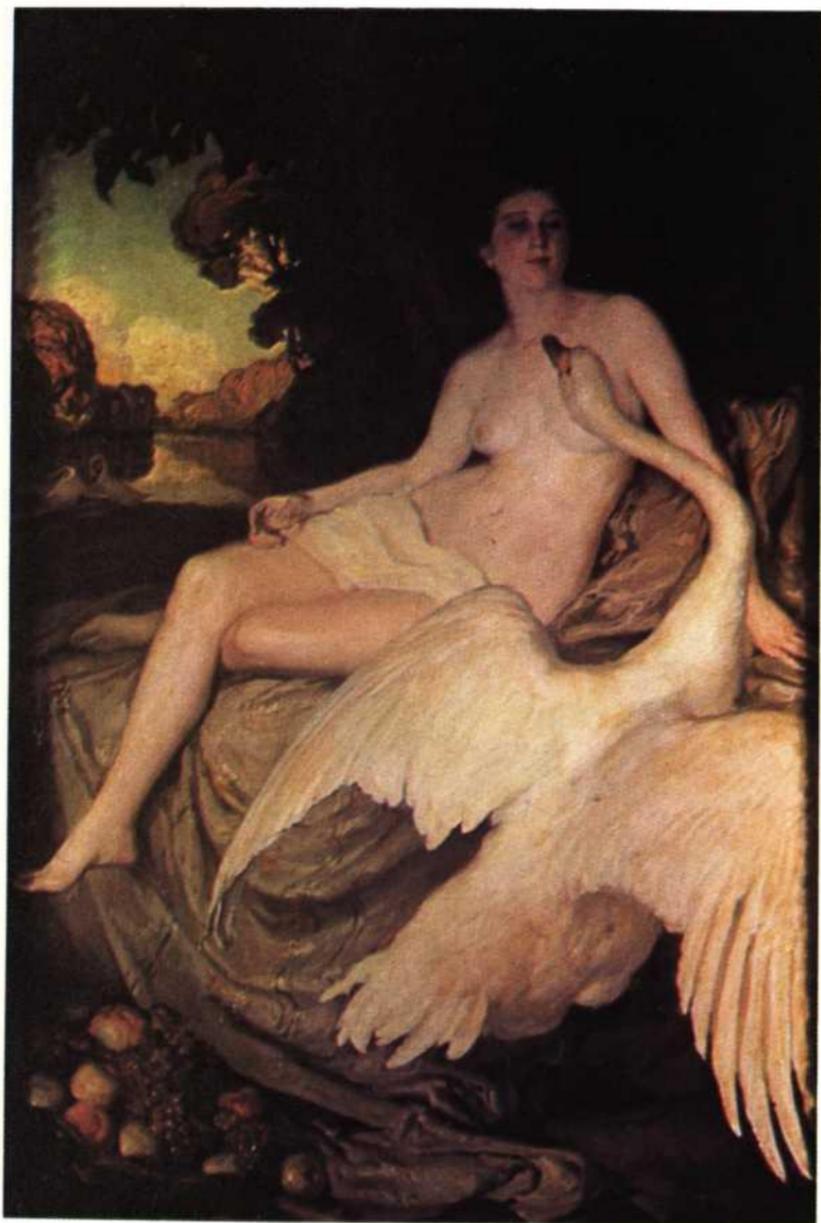
ILUSTRACIONES



2.—*Maria del Carmen, hija del pintor*



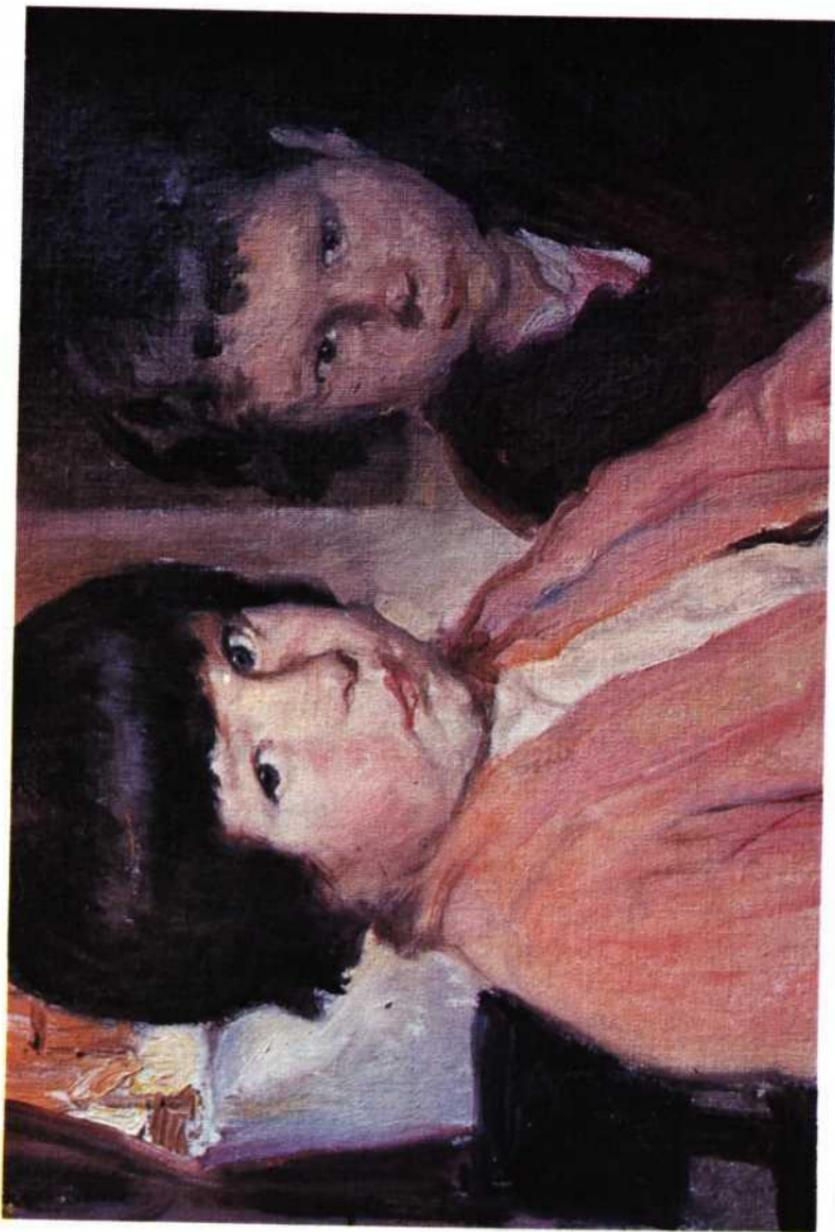
3. — *Infortunio*



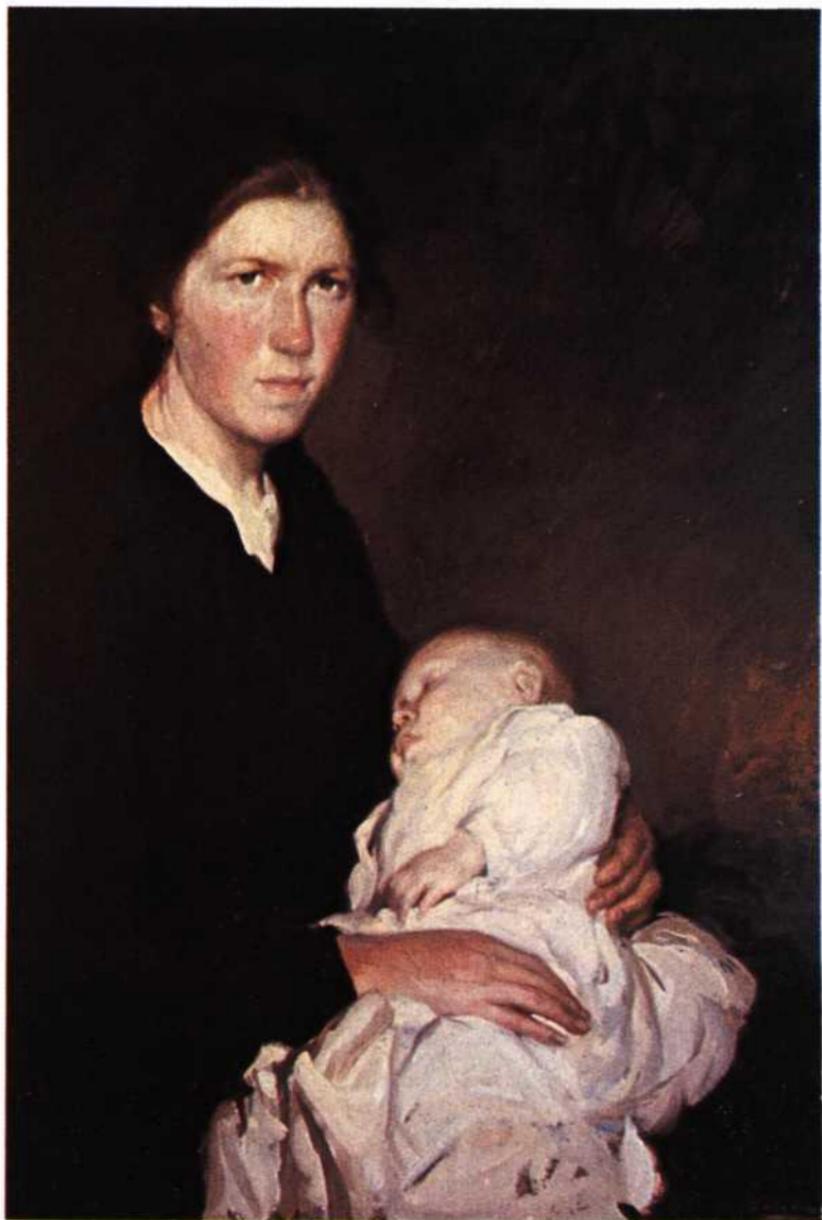
4.—*Leda y el cisne*



5.—*Colette Bergé*



6.—Niñas de aldea



7.—*Madre bretona*



8.—*Maria del Carmen, hija del pintor*



9.—*Angel de Urquijo*



10.—*La esposa del pintor en Santiago de Chile*



11.—*La esposa del pintor*



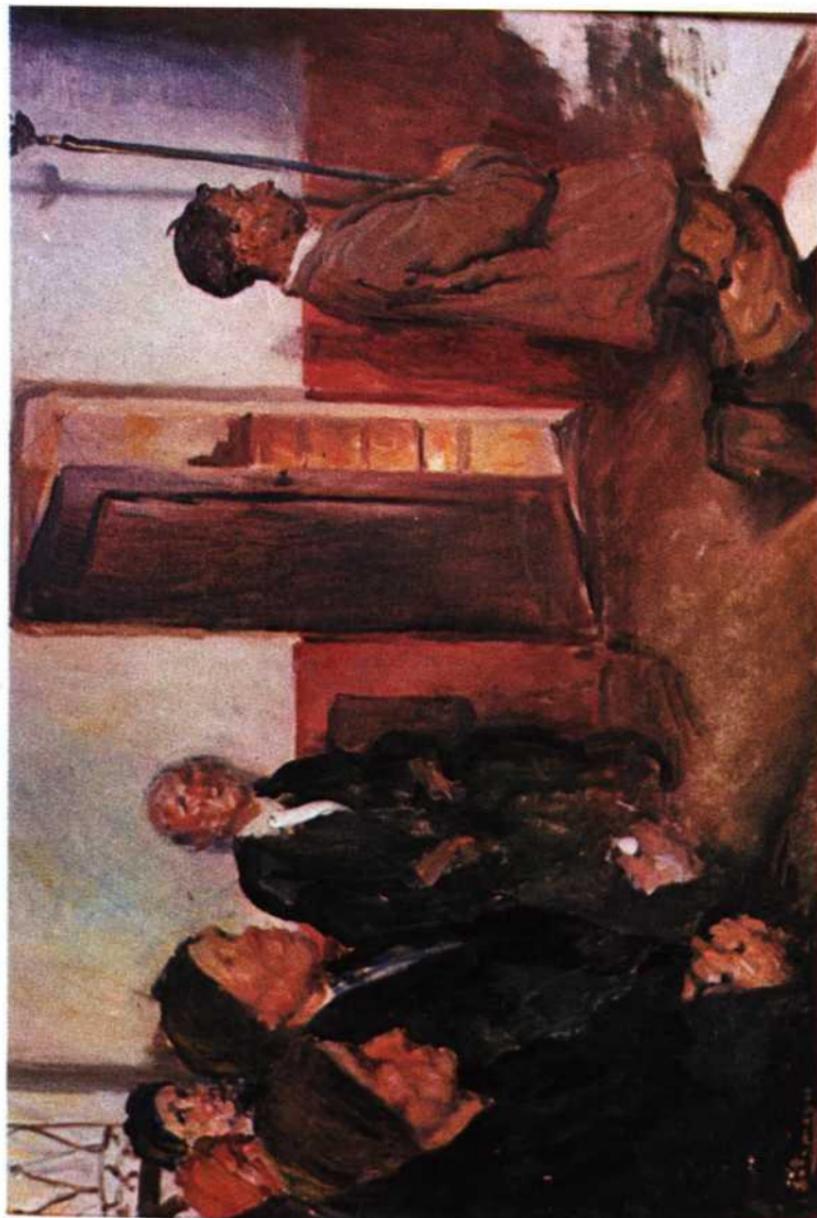
12.—*Pepa das nenas*



13.—*Abuela y nietos*



14.—Baile en un estaminal



15.—*Iglesia de Jorncs*



